

te, exclamó el valiente cura, y mandó que se repicara y salieron él y Galeana á hacer escaramuzas, y arengó á su gente, y la electrizó, é hizo que todos pelearan ese día con mucho valor, con el gusto con que hubieran tenido en la plaza en el caso de haberse logrado la suspirada introducción del convoy de víveres.

—Pero bien pronto pudo observarse que los pozos no daban el agua necesaria y entonces el capitán independiente mandó á Galeana con una seccion de tropas para que desalojara al enemigo de los manantiales y diera al agua su corriente ordinaria.

Galeana cumplió inmediatamente con su comision como cumplia con todas las que se le daban por mas que fuere hasta temerario emprendidas, y el agua entro á fluir por toda la plaza, pero el enemigo torció á guisa de un toro, y se retiró á un lado.

CAPITULO XXIII

HAZAÑAS

—Estacionó por la noche de nuestra mejor En la guerra como en la guerra. El general español conocia á fondo la situacion de la plaza, sabia que lo que mas deseaban los defensores de esta, era que se diese el asalto para que se resolviera el punto en un combate, y lo que hacia era darlos parciales para que fueran agotando sus municiones. Sabia tambien que estaban escasos de víveres y entonces para hacer mas insostenible la situacion, tuvo una idea diabólica que desde luego ordenó poner en planta, y fué la de cortar el agua que entraba á la villa dando otra direccion á la corriente.

Morelos se sonrió y dijo á los vecinos que se habian reunido en la plaza alarmados por aquella medida salvage:

—Nos quedan los pozos.

Pero bien pronto pudo observarse que los pozos no daban el agua necesaria y entonces el caudillo independiente mandó á Galeana con una seccion de tropas para que desalojara al enemigo de los manantiales y diera al agua su corriente ordinaria.

Galeana cumplió intrépidamente con su comision como cumplia con todas las que se le daban, por mas que fuera hasta temerario emprenderlas, y el agua entró á Cuautla por toda una tarde; pero el enemigo tornó á quitarla, y así siguieron trabándose reñidos combates en el punto que se disputaba, hasta que costó esta reyerta la vida del coronel Tapia, que era un gefe serrano de los mas distinguidos. Entonces Galeana habló así á Morelos:

—Estamos perdiendo mucha de nuestra mejor gente en estas escaramuzas que en cada dia se hacen mas sangrientas y desastrosas, sin que adelantemos en nuestro propósito que es el de hacer que siga entrando á la villa el agua permanentemente.

—Ya lo veo, le contestó Morelos, y lo lamento como usted no puede tener idea.

—Entonces es necesario adoptar otro sistema que dé mejores resultados y vengo á proponerlo á Vuestra Excelencia.

—Ha de ser bueno como todo lo que usted imagina, mi querido general Galeana.

—Mi proyecto es un proyecto arriesgado, pero yo me ofrezco á realizarlo.

—¿Cuál es?

—Plantar un fuerte allí mismo donde el enemigo nos desvia el agua.

—¡Diantre! murmuró el cura abriendo desmesuradamente los ojos, no deja de ser empresa.

—Ya digo que yo respondo de su ejecucion.

—En ese caso, manos á la obra, general. Lo he de ver y no lo he de creer.

Galeana saludó y se fué.

El resto del dia lo empleó en hacer sus preparativos. A la madrugada del 25 salió con setenta soldados, llevando cada uno un costal de arena y seguido de mas de trescientos indios con cajones de parque, instrumentos de zapa y todo lo demas que juzgó indispensable para la construccion y resguardo del fuerte. Formó una trinchera con los costales, de modo que cuando apareció la primera luz los españoles no quedaron poco sorprendidos de ver á tres pulgadas de ellos al enemigo. Rompieron sus fuegos con todo ímpetu; pero la principal dificultad estaba vencida que era echar las bases del fuerte y por el camino cubierto que se practicó pudieron llevarse tres buenos cañones que dieran respeto á la obra.

A las cinco de la tarde se presentó el capitan Mariano Ramirez en el alojamiento de Morelos.

—¿Qué hay? le preguntó este.

—Mi general Galeana me manda dar á Vuestra Excelencia el parte de que ya está hecho el fuerte que le mandó construir para defender el agua de la villa.

Morelos que estaba á su mesa escribiendo, no pu-

do menos de dar un salto en el asiento, sorprendido, conformándose luego con preguntar:

—¿Cuántas vidas ha costado la obra?

—Solamente un costal de arena despanzurrado, mi general, contestó el capitán llevándose la mano á la frente.

—Pues diga usted á Caleana que lo felicito y que en cuanto concluya iré á visitar sus trabajos.

Cuando Morelos fué ya estaba el fuerte bajo la custodia del coronel Estéban Perez con una compañía bien municionada, con su media batería bien colocada y con su camino cubierto hasta las primeras fortificaciones de la plaza, que permitía la comunicación entre las dos líneas con poco peligro.

Si sorpresa causó á Morelos ver estas improvisadas obras que ponían á salvo á la población de la escasez del agua, no menos la produjo en los españoles que quedaron maravillados de la audacia de los insurgentes, como de su habilidad, desconocida hasta entonces para levantar baluartes pasajeros, que podían irlos mejorando si los dejaban utilizarlos. En esa virtud, Calleja organizó una columna de su gente mas aguerrida en número de seiscientos hombres, mandados por sus mejores oficiales, con la prevención de tomar el reducto á todo trance.

A los once de la noche se oyó el primer disparo lanzado sobre el fuerte, que con toda seguridad era la señal convenida para que apareciera la columna oculta hasta entonces en las sinuosidades del terreno, pues que los centinelas dieron aviso de que numero-

sas tropas avanzaban á paso de carga. Perez tenía orden estricta de no hacer fuego sino á quema ropa, así es que se limitó á colocar á su gente bien distribuida en los parapetos, á cargar de metralla sus cañones hasta la boca, previniendo á los artilleros tuvieran las mechas encendidas, y á dar aviso á Galeana, que estaba con una buena reserva á su retaguardia, de que iba á ser atacado.

Cuando la columna española, que ya venía haciendo uso de todas sus armas, estaba á distancia de treinta pasos, Estéban Perez gritó con voz resuelta:

—¡Fuego!

Y las tres piezas dispararon á la vez, y los soldados insurgentes comenzaron á hacer un fuego terrible por las troneras, sin que esto hiciera retroceder á la valiente columna que seguía avanzando con serenidad y buen orden.

—¡Carguen! y ¡fuego! fuego sin cesar, exclamó Perez admirado de que los españoles no se hubieran desconcertado con aquella primera descarga, que debió ser mortífera.

Entonces se cargaron los cañones atropelladamente y se siguieron disparando todas las armas á discreción; pero la columna enemiga estaba allí tocando el fuerte con las manos y, al parecer, buscando la entrada para cerrarla y hacer prisioneros á los insurgentes que lo defendían.

—Estamos perdidos, pensaba Perez; pero á pesar de la gravedad de la situación, no dejaba de animar

á los soldados diciéndoles que iban á ser muy pronto socorridos.

No acababa de pronunciar estas palabras cuando apareció Galeana con un trozo de caballería, que cayó como una tromba por el flanco derecho de los españoles desordenándolos completamente. Ya era tiempo, pues que dos minutos mas de tardanza hubieran bastado para que el enemigo se hiciera dueño del fuerte.

Este se retiró á toda prisa, llevándose los heridos que pudo, pero dejando sobre el campo diez y ocho cadáveres y cuarenta fusiles que levantaron los de la plaza á la mañana siguiente.

A la vez se intentaron otros ataques aquella misma noche por otros puntos por si la resistencia de los sitiados se hubiera reconcentrado en el fuerte; pero las columnas realistas se encontraron á Matamoras y á Morelos que las rechazaron con pérdidas.

Galeana no volvió á separarse mas de aquellas obras, que eran vistas con tanta envidia por el enemigo, el cual siempre lo encontró despierto y con suficiente parque para no dejárselas quitar. Es cierto que siguieron siendo el punto en blanco de los morteros y obuses de los españoles; pero las averías eran prontamente reparadas y las pocas bajas que se tenían eran cubiertas con los mejores reemplazos de las tropas independientes, así es que se pudo sostener aquel punto hasta la terminacion del prolongado sitio de Cuautla. Galeana, pues, estableció allí su vivienda debajo de un árbol, en donde repartía á sus sol-

dados las viandas que le mandaban los vecinos de la villa, agradecidos al beneficio que les hacia de estarles conservando el agua á costa de tantos desvelos y fatigas, siendo este un elemento tan necesario para la vida.

Allí, contra aquel árbol, que era la casa provisional de Galeana, venian á estrellarse las bombas y granadas que, tanto de día como de noche, se arrojaban de las baterías realistas establecidas en el Calvario, quedándose todos pasmados de que el héroe se mantuviera ileso. Aquel diluvio de proyectiles mataba sin cesar hombres y caballos pertenecientes al fuerte construido para defender el agua: no era raro que un oficial fuera herido ó muerto en el momento de estar entregando un pliego á Galeana sin que éste llegara á ser tocado. Lo mismo sucedia con Morelos. "Hubo tarde, dice Bustamante, en que se hizo necesario meter al general Morelos dentro de la misma trinchera del ojo de agua casi con violencia por sus mismos soldados, porque era tanta la lluvia de balas que se dirigian sobre él, que era conbidísimo, lo mismo que Galeana, que á no ser por este medio hubiera perecido sin remedio."

Y ya que hacemos mencion de tales hazañas, entre las que se verificaban diariamente en Cuautla por sitiados y sitiadores, no omitiremos la del capitán Anzures, que fué una de las mas brillantes.

Era una noche muy oscura: el enemigo contando ya con algunas inteligencias en la plaza, se acercó e

columna cerrada y con cuatro piezas de artillería por entre los plátanos y matorrales hasta muy cerca de la batería de santa Bárbara, la cual tomada, se podía decir que se estaba ya dentro de la plaza. Calleja quería aprovecharse de la lobreguez de la noche y del conocimiento exacto que tenía de Cuautla, para dar un hábil golpe de mano, con el cual terminase toda aquella campaña.

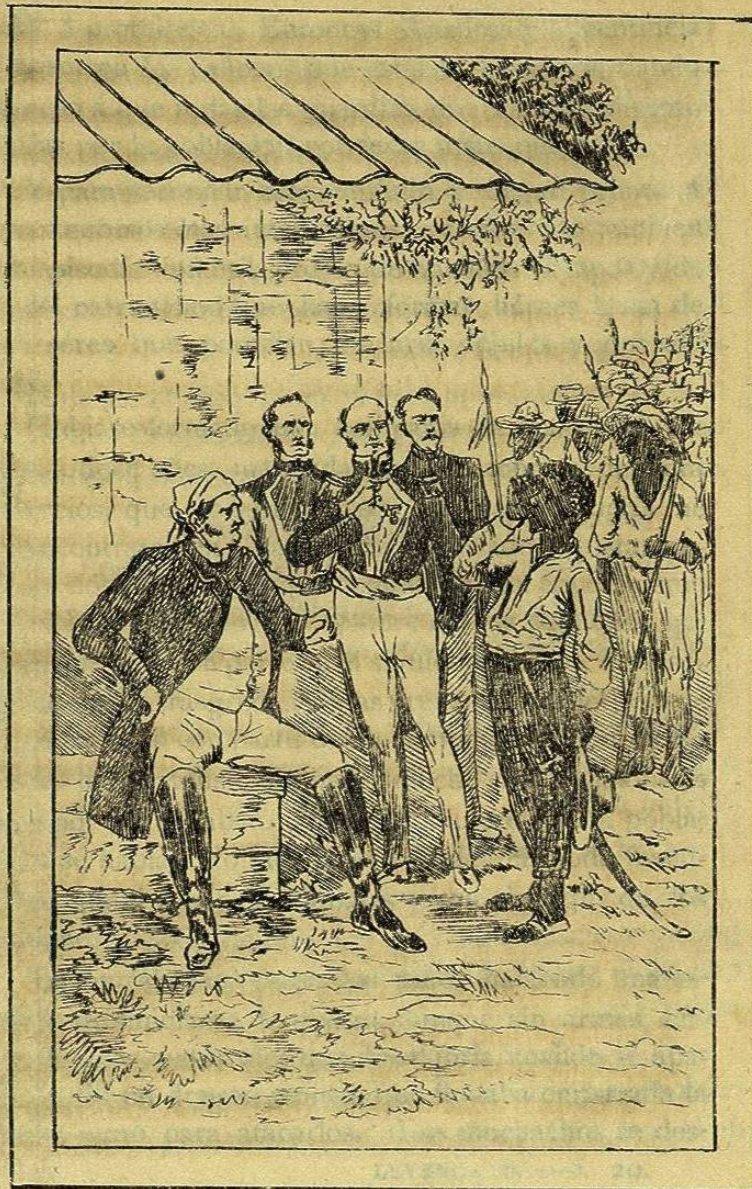
En el momento en que Anzures percibió el rumor que venían formando los soldados de la columna no había más personas en el fuerte que el mismo Anzures y el centinela. El resto del destacamento se había retirado al centro de la población para recibir las escasas provisiones de la noche: lo mismo había pasado en las otras trincheras inmediatas, pudiéndose decir que estaban completamente desmanteladas.

—¡Jesus! exclamó Anzures, casi con pesar, ese rumor que se siente es del enemigo.

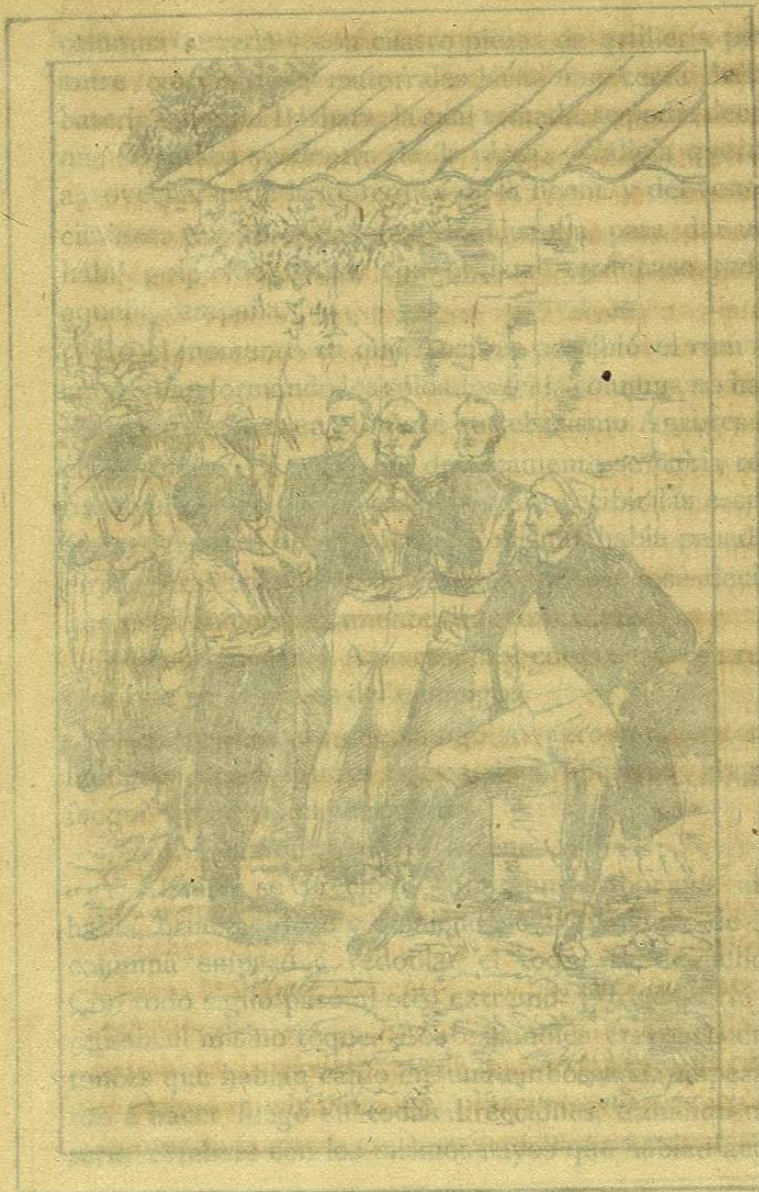
—¡Sí, mi capitán, el enemigo se aproxima en columna y trae algunas piezas de artillería. ¿Hago fuego? preguntó el centinela.

—No, hasta que yo te lo ordene.

Y Anzures se precipitó sobre un tambor que allí había, brincó el foso y poniéndose á un flanco de la columna empezó á redoblar el toque de degüello. Con todo sigilo pasó al otro extremo y allí volvió á repetir el mismo toque. Los españoles creyendo entonces que habían caído en una emboscada, empezaron á hacer fuego en todas direcciones, trabando un serio combate con los mismos suyos que habían acu-



—Mi general, dijo el jefe de la partida infantil cuadrándose.



dido á protegerles. Entonces Anzáres y el centinela dispararon los cañones que estaban cargados, dando tiempo á que todas las guardias que estaban diseminadas por la poblacion volvieran á sus puestos.

Y para terminar este capítulo y llegar pronto á otros sucesos mas interesantes, referiremos tambien un episodio infantil propio de aquéllos tiempos y de aquel patriotismo que hacia formar héroes hasta de los seres que parecian los mas débiles y desvalidos.

Habiase formado una compania de muchachos de diez á doce años, mandada por un sobrino del cura Morelos, que no sabemos por qué circunstancias fué á encontrarse en Cuautla. El historiador Bustamante no nos lo dice, aunque segun Alaman era el mismo Almonte, ni tampoco el nombre de los pequeños héroes que tomaron parte en el siguiente suceso. Este sobrino ó hijo, trasgrediendo las prevenciones del gefe de la plaza, salió con parte de su compania á jugar en terreno mas extenso, sin hacer mucho caso de las balas que por allí silbaban. Hasta las mujeres de la poblacion se habian ido familiarizando de un modo insensible con el silbar de las balas y con el rugir de los cañones.

Encontrábanse, pues, los niños haciendo una especie de simulacro de guerra, aunque sin armas, cerca de unos matorrales que los cubria, cuando se apareció allí un dragon realista que llevaba enristrada la lanza como para atacarlos. Los muchachos se des-

prendieron prontamente la honda que cada cual llevaba como toquilla en el sombrero y arremetieron contra el dragon, acertándole tantas y tan buenas pedradas que lo hubieron de derribar del caballo, haciendo que un nuevo golpe lo privase del conocimiento. Entonces lo desarmaron, lo ataron de los brazos, recogieron el caballo y con todo aquel botin entraron á la plaza yendo al alojamiento de Morelos á rendir el correspondiente parte.

—Mi general, dijo el gefe de la partida cuadrándose delante de Morelos, que estaba bajo el cobertizo de su casa en conversacion con algunas personas.

—¿Qué se ofrece? preguntó Morelos.

El capitan le dió cuenta detallada del suceso.

—¿En dónde está ese soldado paisionero? preguntó otra vez Morelos procurando guardar su gravedad.

—Con segura custodia aguarda á pocos pasos de aquí las órdenes de Vuestra Excelencia, contestó el capitan infantil.

—Que se presente.

Los muchachos metieron al prisionero y Morelos pudo convencerse de que era verdad todo aquello, que habia tomado hasta entonces como una de tantas jugarretas.

—Bah! exclamó despues de haber interrogado al prisionero, que vaya este á la prevencion, y el capitan de la compañía queda tambien preso en mi alojamiento.

to por haber salido fuera de trincheras en contravencion á mis órdenes.

Despues que salió el prisionero español, dió Morelos un abrazo y un beso á su sobrino y mandó que se celebrara aquel suceso repicando á vuelo todas las campanas.

to por haber salido fuera de trincheras en contraven-
cion á mis órdenes.

Después que salió el prisionero español, dijo Mo-
relos un apuro y un peso á su sobrino y mandó que
se celebrara aquel suceso repicando á viento todas las
campanas.

CAPITULO XXIV

EL TRAIADOR PERDONADO.

El alojamiento de Calleja se encontraba fuera de tiro de cañon, en la parte opuesta á las lomas de Zatepec, que era la linea encomendada á la division de Llano. La derecha del cuartel general la tenia á su cargo el coronel Andrade y la izquierda, que era la mas extensa y descubierta, era cuidada por varios gefes que tenian á sus órdenes diversos fuertes y baterias. Calleja solia recorrer algunas veces el campamento por la madrugada ó antes de cerrar la noche; pero nunca se aproximaba ya, aun cuando habia sido muy valiente, á donde considerara que hubiera para él el menor peligro. Habia formado ya gran caudal, tenia una distinguida reputacion conquistada y veia próximo el logro de todas sus mas grandes ambiciones de mando que habia soñado, de manera que todas las operaciones dificiles en que habia algo que exponer,

las dejaba á cargo de sus subalternos. El ya habia arriesgado muchas veces la vida para encumbrarse, estaba encumbrado, y no necesitaba dar nuevas pruebas de valor ni hacer el menor sacrificio personal, por lo que se estaba dando la vida mas regalada en su alojamiento.

Tenia buena mesa: se hacia servir en ella todo cuanto habia de mas agradable en las haciendas de los alrededores; bebia los mas sabrosos vinos entre los que solian llegar del extranjero; en las noches le tocaban las músicas y asistia gran concurrencia á sus serenatas, hasta de las bellezas que habia por allí en los pueblos y fincas de campo, procurando así pasar el tiempo que le dejaba libre la campaña que estaba haciendo, lo mas agradablemente que le era posible. Sus trabajos oficiales consistian en estar dando partes exagerados y muchas veces mentirosos al virey sobre sus operaciones, encomendando el desarrollo de estas á sus capitanes y mas que á sus capitanes al trascurso del tiempo. Sabia que estaban exhaustos de víveres en la plaza, sabia que habia de rendirlos por hambre y lo que procuraba era que á los suyos les sobraran toda clase de provisiones para que fuera muy vivo el contraste.

En medio de esta vida que parecia un poco monótona para sitiados y sitiadores, pues que ya hasta los cañonazos se hacian con desgano y se recibian en la plaza con indiferencia, solia haber de cuando en cuando incidentes promovidos por unos ó por otros que en una que otra noche los entretenia, como cuando